

## LA UNIDAD AL ALCANCE DE LA MANO

### Un acontecimiento sensacional: la Declaración católico-luterana acerca de la justificación

*En febrero de 1997 se publicó la Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación consensuada por teólogos luteranos y católicos. Era un hito importante: atrás quedaban cuatro siglos largos de disenso. Tras los oportunos retoques, esta Declaración debía ser ratificada, a lo más tardar a comienzos de mayo de 1998, por las instancias supremas de ambas Iglesias. Esto no ocurría. Y no sabemos en qué situación se encuentra actualmente el tema. A nadie puede sorprender que la inercia de las instituciones y el anquilosamiento de las propias tradiciones constituyan una rémora para dar el paso definitivo. Pero no deja de ser muy alentador el hecho de que teólogos de ambas confesiones hayan llegado a un acuerdo y, por consiguiente, desde el punto de vista estrictamente teológico no exista obstáculo alguno para alcanzar la unidad en la fe en un punto históricamente tan controvertido. Al exponer el contenido del acuerdo conseguido y valorar su importancia, el autor del presente artículo -teólogo luterano- da alas a nuestra esperanza.*

*Die Einheit ist zum Greifen nah. Die lutherische-katholische Erklärung zur Rechtfertigungslehre ist eine Sensation, Evangelische Kommentare 8 (1997) 479 -482.*

En la Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación publicada en febrero de 1997 por el Comité ejecutivo del Consejo Internacional Luterano junto con la Comisión Pontificia para la Unidad de los Cristianos se afirma una coincidencia básica entre ambas Iglesias respecto a la doctrina de la justificación que, en el siglo XVI condujo a la división de la Iglesia. El documento habla de "consenso en las verdades fundamentales" en el tema de la justificación, alcanzado tras un decenio de diálogo y una vez aclarados un sinfín de malentendidos. Y concluye afirmando que las recíprocas condenas por razón de la doctrina de la justificación ya no tienen sentido. Esto es tanto más importante cuanto que, sólo tres años antes, en 1994, la Unión de las Iglesias evangélico-luteranas alemanas afirmaba que "existen todavía condenas doctrinales que siguen en vigor".

La Declaración conjunta tiene una prehistoria: el informe de Malta de 1972, el documento "Justificación por la fe" de los EE.UU. de 1983, el estudio "¿Anatemas dogmáticos que dividen la Iglesia?", publicado por Karl Lehmann y Wolfahrt Pannenberg de 1986 y el documento internacional "Iglesia y justificación" de 1994.

#### La justificación por la fe

El documento actual es ecuménicamente un hecho sensacional, sobre todo si se compara con los de años anteriores, incluso de los años noventa. Por esto bien merece un Te Deum. Nunca han estado los cristianos tan cerca de la unión.

De acuerdo con la *confessio augustana* de 1530, la Iglesia luterana de la Reforma no es una nueva Iglesia, sino un movimiento de renovación dentro de la "única" Iglesia católica. Esta autodefinición no ha cambiado en absoluto hasta nuestros días. A pesar de todo, sigue existiendo un patriotismo confesional protestante, animado por un

sentimiento anticatólico, el cual, ante cualquier asomo de documento unitario, se pone en guardia y echa mano de las antiguas polémicas.

La ignorancia y la cerrazón de este confesionalismo es alarmante. Intentará bloquear la *Declaración conjunta*, del mismo modo que un modernismo, que considera la doctrina de la justificación como un fósil antidiluviano, ve en ella un fantasma alejado de la realidad de nuestro mundo. ¿Qué significa, pues, el dinosáurico concepto de la justificación por la sola gracia de Cristo? En el fondo algo sobrecogedor. Resulta que hemos de ser juzgados por nuestras obras. Pero, por nuestras propias obras, no podemos salir airosos en el juicio. Porque "no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero" (Rm 7,19). De ahí que Dios, en su incomprensible amor, cargue a su Hijo en cruz con el juicio que merecemos. Esto si tenemos fe.

Así, en este juicio, a todo se le da la vuelta: no es al inocente a quien se absuelve, sino al pecador; no es al reo a quien se condena, sino al juez, ya que se le hace responsable de la culpa del acusado; el acusado no es puesto en libertad por su inocencia, sino gracias a una "justicia ajena", la justicia de Cristo. De esto dio testimonio la visión paulina de la justificación que la Reforma redescubrió y que ambas Iglesias, en ese documento, han reafirmado.

La tesis protestante de la justificación sólo por gracia se esgrimía contra el nominalismo del medioevo tardío que la impugnaba. Ya el Concilio de Trento (1545/1563), posterior a la Reforma, se apartó de la concepción según la cual la salvación, lejos de estribar sólo en Cristo, era tarea conjunta de Dios y del hombre. Pero también marcó distancias respecto a la teoría reformista desvirtuando totalmente su interpretación. Todo lector imparcial de la *Declaración conjunta* advierte enseguida un cambio de onda que sintoniza con la Reforma.

Tras una extensa exposición sobre la justificación en la Biblia, la *Declaración*, concluye: "Somos aceptados por Dios, no por mérito nuestro, sino *sólo* por la gracia de la fe en la redención de Cristo.(...) Somos justificados sólo por Cristo aceptando esta salvación por la fe", que no es una contribución nuestra, sino "don de Dios". Así que, la Declaración reconoce los tres sólo de la doctrina reformista de la justificación: sólo la gracia, sólo Cristo, sólo la fe.

Por fe se entiende, no la afirmación de fórmulas catequéticas, sino -como en la Reforma- la "confianza": "Luteranos y católicos" quieren "confesar plenamente a Cristo, en quien exclusivamente hay que confiar por encima de todo como mediador único".

"La justificación acontece -se repite hasta la saciedad- *sólo* por gracia". Por esto la gracia de Dios no es ningún hilo de marioneta que maneje al hombre como a un muñeco. Según la fe romano-católica y la luterana, el hombre "participa" en la justificación por la "aceptación personal" de la gracia, que es a su vez "obra de la gracia". Según la *Declaración*, cuando los católicos hablan de "cooperación" a la justificación no expresan más que esta participación personal, no una "contribución por cuenta propia" del hombre a su salvación.

Mientras que la postura de la Iglesia evangélica alemana (1994) alguna que otra vez apunta a una diferencia doctrinal en la comprensión de la gracia -aquí la "donación de

Dios al hombre", allí "la realidad del alma humana"-, de acuerdo con otros documentos previos de consenso la Declaración indica que la gracia de Dios es un "don gratuito", no sólo "favor de Dios" o "perdón de los pecados", sino una realidad en nosotros, no sólo fuera de nosotros. Tampoco se trata ciertamente de una especie de combustible impersonal en nuestro interior, como se atribuye a la neoescolástica católica tradicional.

Hace ya decenas de años que teólogos católicos como Karl Rahner rechazaron una cosificación de la gracia. Para ellos, el dador se da a sí mismo, no como un objeto material distinto, como cuando el médico da una pastilla. La *Declaración* subraya: "La relación personal con Dios se basa plena y totalmente en la benevolencia divina". "La gracia de la justificación nunca se convierte en una propiedad particular del hombre", de la que éste pueda disponer a su talante. El don sigue siendo el dador y nunca se separa de él. Es algo así como un darse a sí mismo.

Y viceversa, también según los escritos confesionales luteranos, la justificación no es una justicia sin efecto, como si lo fuese sin serlo. El hombre no es sólo "tenido por" justo, sino que en verdad lo "es". Como se afirma en Trento según el tecnicismo teológico, es una justicia imputativa y efectiva a la vez. Lutero llega a decir: "Dios se ha vaciado total y plenamente, sin reservarse lo más mínimo que no nos haya dado".

La gracia no es en modo alguno un abrigo que se empeña a un prestamista, como ridiculizaba una ampliamente divulgada caricatura católica a la justificación luterana. La *Declaración conjunta* saca la siguiente conclusión: el hombre "es plenamente justo, porque Dios le atribuye la justicia de Cristo, que se apropia por la fe, haciéndole en Cristo justo ante Dios". Es absurdo pretender ver aquí pseudo-contradicciones, como lo hacía todavía la Declaración de las Iglesias evangélicas en 1994.

También se acabaron las controversias de antaño sobre fe y obras, al afirmar la *Declaración conjunta* que las obras buenas de la justificación deben seguirse necesariamente como "frutos", por más que no sean sus raíces. Si la Biblia les promete un premio en el cielo, no se trata, ni según la doctrina católica ni según la luterana, de un don que podamos exigirle a Dios, sino de una dádiva gratuita.

En las tesis sobre la certeza de la salvación desaparecen asimismo los colores confesionales, al llegarse al inesperado acuerdo: por más que, al ver su propia debilidad, cada uno pueda estar preocupado por la propia salvación, el creyente puede estar cierto de que Dios quiere su salvación. Ha desaparecido la aparente contradicción de otros tiempos respecto a la doctrina protestante de la certeza de la salvación eterna, que el lado católico temía -sin fundamento- desde Trento, por una seguridad fatua y engreída. No es lo mismo certeza que seguridad. En contraposición con la seguridad, la certeza se atreve a creer en Dios sin seguridades de ninguna clase.

## **Ley y Evangelio**

Afortunadamente se está desarrollando un nuevo retoño del diálogo ecuménico: la distinción entre la Ley y el Evangelio. En otros documentos de diálogo, como en el estudio Lehmann Pannenberg de 1986, esta distinción no se tiene en cuenta, por esencial que sea a la tesis reformista de la justificación, que con ella cae o se mantiene. Católicos y protestantes afirman en la *Declaración conjunta* la distinción entre el

Evangelio y la Ley: la Ley, en la que Dios lo exige todo, y el Evangelio, en el que Dios lo da todo, sin darse nada a sí mismo en la cruz del Gólgota: "el hombre es justificado por la fe en el Evangelio, independientemente de las obras de la Ley", aunque en realidad debería ser juzgado según las obras de la Ley.

¿Por qué esta contraposición entre Ley y Evangelio, entre juicio y gracia? Sólo se puede tomar en serio la superación de una barrera si de veras existía tal barrera. Sólo si el hombre se siente agobiado bajo el peso de la Ley, puede ser levantado por el Evangelio; sin este horizonte de juicio la gracia de Dios no es más que una baratija de chatarrero y Dios el simpático protagonista de las fábulas, de quien se burlaba Voltaire: pardonner ce son metier; su oficio es perdonar.

La *Declaración conjunta* concluye dando gracias a Dios por este paso decisivo en la superación de la división de las Iglesias. Con él se remueve el obstáculo principal en el camino hacia la unión de las Iglesias y las Iglesias ya no deberán arrastrar este problema durante el próximo milenio.

Muchos se encogerán de hombros diciendo: doctrina de la justificación ¿qué es eso? El acuerdo de las Iglesias les sonará como un juego de canicas sobre una placa de hielo y se preguntarán si hoy en día no tenemos problemas más urgentes o si el tema tiene importancia vital y de supervivencia. Sin embargo, este mensaje de la justificación es más actual que nunca. Tras el derrumbe de todas las modernas escatologías de autorealización, desde la fe marxista en la autoliberación hasta la fe de occidente en el progreso, el hombre de hoy reconoce más que nunca que no existe ningún paraíso *Do-it-yourself*, realízate a ti mismo. El mundo mejor a que aspira no puede construirse; sólo cabe esperarlo casi diríamos llovido del cielo: todo es pura gracia. ¿Qué significa la justificación sólo por gracia, sino la reducción del hombre a sus auténticas dimensiones? justificación sólo por la gracia y no por las obras significaría en nuestra sociedad de producción que mi valer como hombre no se define únicamente por mi producción, por importante que ésta pueda ser. Como hombre tengo un valor independiente de mi productividad o improductividad y por encima de toda suma de rendimiento útil, pues Dios me ha amado irreversiblemente. ¿Qué significa hoy justificación sólo por la fe, sino que yo recibo mi identidad como un nuevo regalo de Dios, cuando él me llama de la masa anónima: "yo te he llamado por tu nombre, ¡tú eres mío!" (Is 43,1)? Yo puedo volver a estar cierto de que no soy un producto en serie, sino que soy irrepetible.

**Tradujo y condensó: RAMÓN PUIG MASSANA**